John muere al final

(de David Wong)

Fernando López Guisado

John muere al final no es una novela al uso.

Dependiendo del punto de vista, incluso sería complejo clasificarla como «novela» ya que nace de una serie de entradas episódicas del *blog* de su autor que aparecían publicadas cada noche de *Halloween*. Llegaron a llamar tanto la atención del director de *serie B* **Don Coscarelli** —autor de la saga ochentera psicodélica ***Phantasma***— y del actor **Paul Giamati** que fue adaptada para la gran pantalla. Su éxito, obviamente, escasísimo, incluso ha beneficiado en su transformación en obra de culto.

A caballo entre el género de humor y el de terror, empleando un código coloquial no exento de belleza en la efectividad de su técnica, nos sumerge en un mundo complejo y chispeante, un «Narnia de mierda» en palabras de uno de los personajes principales, John, ese tipo tan duro como fantasmón, eterno adolescente que no puede dejar de hablar del tamaño de su polla. Las herencias del texto manan desde la ciencia ficción, la teoría de la conspiración, el *multiverso* y el horror cósmico de **Lovecraft** mezclados con una intención tan gamberra como desenfadada.

Los personajes principales, entre los que se encuentra una perra vagabunda que parece tener mentalidad propia, no solucionan ningún conflicto de manera heroica, sino que van tirando como pueden y, en la mayoría de ocasiones, salvan sus propias y miserables vidas —que no parecen importarles mucho— por mera acción del azar o la torpeza de sus antagonistas. Nada es serio en el mundo de David y John —*son nombres ficticios, si tú quieres también puedes cambiarte el nombre*—, que conforman una pareja bien avenida de «cazadores paranormales», cimentada en alcohol, tabaco, comida basura, videojuegos, irresponsabilidad y la percepción extrasensorial que les proporciona una droga de origen transdimensional llamada «salsa de soja».

Ambas personalidades representan diferentes perspectivas, no necesariamente incompatibles —el vacío existencial y el pasotismo hedonista— en esta búsqueda inútil del ser humano por descubrir su propia

identidad dentro de un mundo contemporáneo en el que parece que nada tiene valor.

En realidad, nada lo tiene, salvo el amor. El amor como una generosidad egoísta, un tesoro vital de doble filo: una vez encontrado implica una trampa debido a que el apego hacia la persona amada nos limita por el miedo a la pérdida. Pero la historia de amor que se narra en «John muere al final» ya la quisiera yo para mí: tan absurda, demencial y, en el fondo, encantadoramente entrañable, que ojalá fuese real en algún lugar fuera de la literatura.

A pesar de sus múltiples facetas, esta novela representa, ante todo, un canto a la amistad como fuerza arrolladora que, a pesar de las diferencias, es lo que queda en pie, el ojo del huracán, motivo y solución del conflicto.

Una locura al completo exquisita aunque resuelta quizá a toda prisa, que provoca perder algo de la frescura desconcertante de los primeros capítulos. Es de las *psicodelias* más alucinantes y *gonzas* que han caído en mis manos. Decadente retrato fiel de esta sociedad enferma donde no sabemos ni en qué lugar tenemos los callos de los pies. Todos somos un «almost psyco».

Me ha provocado, sobre todo, partirme a carcajadas en soledad, cosa que no muchos libros han logrado. Humor absurdo, escatológico, delirante y aterrorizador. Mi tipo de droga paginada.

Nueva entrega de la **Colección *Insomnia*** de **Valdemar** que va sumando a su catálogo títulos fuera de lo común llenos de calidad. Edición de lujo, tapa dura e ilustraciones sugerentes.

La recomiendo fervientemente, aunque no sea para todos los estómagos. Pero si quiero subrayar la advertencia del propio libro, si os decidís a leerlo, recordad que no hay vuelta atrás y algo más importante: *nada de esto es culpa mía*.